

Ensayo

***El hombre como animal de creencia
y esperanza***

JUAN PEDRO VIÑUELA

La religión y la creencia es uno de los temas más controvertidos que existen. Parece ser que hay una cosa clara y es que el hombre, además de ser un animal de costumbres, que decía Dostoievski, también es un animal de creencias. Vivimos porque creemos. Es la creencia, basada en la confianza en algo que no se nos muestra a los ojos, que no se nos demuestra, lo que nos permite socializarnos. Confiamos en el otro, tenemos fe en él en su poder y su capacidad. Creo que éste, junto con muchos otros motivos o causas, es uno de los orígenes de la creencia y, con ella, de la religión. La creencia es una actitud, una forma de estar en el mundo, pero las religiones surgen en multitud a partir de ellas sometiéndose a las leyes de la cultura. De ahí que la diversidad de religiones sea tal. Estas religiones están en conflicto porque reclaman ser la verdad. Es más, son el caldo de cultivo de guerras y exterminios. Y es curiosa esta paradoja, mientras la religión es necesaria, porque el

hombre es un ser de creencias, la religión le lleva al exterminio por el odio, el dogmatismo y el fanatismo. Es la limitación de la condición humana. El hombre siempre ha vivido con religión, pero las religiones han evolucionado desde que aparecen los primeros cultos del paleolítico, el pensamiento mágico, el mito, los dioses y al final el monoteísmo, terminando con lo que Gustavo Bueno llama la fase terciaria de las religiones en las que éstas se convierten en mera cáscara. Es decir, no son más que un ritual sin contenido. Esto es cierto, pero a medias. Las religiones más desarrolladas, las monoteístas, lo que llamamos las religiones tradicionales e identificamos como las religiones del libro han seguido este proceso evolutivo que Gustavo Bueno analiza en *El Animal divino*, pero no todo es tan fácil.

En primer lugar, ha habido un resurgimiento de las religiones tradicionales. El anuncio de la muerte de la religión por parte de los ateístas no ha sido cierto. Las religiones tradicionales han renacido de otra forma, se han transformado, aunque haya mucho de máscara en ellas, sobre todo en el Catolicismo, pero no podemos decir lo mismo del Islam, por ejemplo. Pero es que además, y basándome en la tesis que sostengo, que el hombre es un animal de creencias, es decir, que necesita creer, han aparecido nuevas formas de religión que las podemos situar en el ámbito político y en el tecnocientífico. Y, curiosamente, son herederas del discurso ilustrado que es el que pone fin o da la puntilla a las religiones tradicionales.

Es la incompletud, por otro lado, del hombre, de su naturaleza biológica la que lo hace crear religiones. El hombre es, biológicamente un ser autoconsciente, es decir, que conoce sus límites, sabe de su existencia y, de alguna manera sabe de su muerte, aunque sea un saber deri-

vado de la muerte de sus semejantes. Pero es que además, es consciente de que su existencia en solitario es imposible y pone en manos del grupo la posibilidad de su existencia. Hay un mecanismo de confianza en los otros. Y esto es una herencia genética, el otro, en tanto que grupo me acoge y puedo sobrevivir. Y esto es una condición biológica. Por otro lado, tenemos la contrapartida, la soledad nos pone en la intemperie, nadie nos puede ayudar, estamos a merced de las fuerzas de la naturaleza, de lo desconocido. Y es este pavor y temor el que me acerca al grupo. Y de la unión entre la confianza en el grupo y sus líderes con el pavor ante la inmensidad desconocida de lo que me rodea es lo que da lugar, mediante el lenguaje simbólico al origen de las religiones. Es decir, que tenemos una condición biológica de posibilidad para entender la existencia de religiones. Ahora bien, las religiones son bien distintas y esto solamente es explicable porque tienen un desarrollo cultural y la cultura, como la historia, sin ser caóticas, son contingentes y abiertas. Hay tendencias, pero no leyes deterministas que la expliquen. La cultura y la historia emergen de lo físico-natural, que es nuestra condición biológica, pero no se reducen a ello. Por eso el hombre, al ser un ser de creencias es un ser religioso.

Pero, ¿cuál es la fuerza de la religión? Pues su fuerza reside en que cualquier forma de religión, desde las iniciales, el pensamiento mágico, hasta la actualidad, el hiperconsumismo posmoderno, me dan confianza, tranquilidad. Es decir, la religión es el discurso que se basa en nuestra salvación. Es el discurso que da sentido a nuestra existencia, mediante el cual nos sentimos integrados en la sociedad y sentimos confianza en lo que nos rodea. Es más vivimos en inmediatez ante lo que nos rodea. De ahí la dificultad del ateísmo. Éste nos lleva al sin sentido. Es necesario tener una gran fuerza, una gran virtud, para so-

portar el sinsentido de la existencia o, mejor, el sentido biológico de la misma. El ateísmo es la conciencia de que somos seres limitados y contingentes, que podríamos no ser. Pero, a su vez, el ateísmo no renuncia a la existencia, pero no la ensalza como sagrada, necesaria, etc. simplemente el ateo asume que la historia es fruto de la esperanza de la humanidad, pero de una esperanza inventada y que a la par que nos ha permitido sobrevivir ha dejado la historia llena de cadáveres. La religión es el discurso de la esperanza, ya sea en un más allá trascendental, o en las prestaciones de la nueva tecnología. Y como el hombre es un ser que al ser consciente de su limitación, soledad, contingencia, necesita de la esperanza para poder vivir, por ello necesita de religión. Y esta esperanza se basa en el progreso. El progreso como salvación de nuestro estado contingente en la naturaleza. Todo lo que sea progreso es alejarnos de nuestro estado incierto de naturaleza hacia un estado civil o trascendental en el que estamos a “salvo” y conquistamos la felicidad. No nos podemos ver libres, pues, de la religión porque es una respuesta natural a nuestra propia naturaleza biológica. Sólo unos cuantos son capaces de soportar la soledad del ateísmo y la contingencia y nihilismo de la historia sin caer en la desesperación. Porque yo defiendo que se puede tomar conciencia de nuestra naturaleza real sin perder la esperanza de mejorar. Siempre y cuando aceptemos que nuestro progreso moral y político es contingente. Y siempre que aceptemos que tenemos que dirigirnos hacia lo universal que hay en el hombre, hacia aquello que nos une. Por eso considero que la Ilustración es un proyecto inacabado. Su perversión dio lugar a nuevas religiones, todas ellas tenían como telón de fondo la idea de progreso. Lo que yo propongo es el naturalismo ético y la asunción de nuestros límites y contingencia. Eso no elimina la esperanza, sin esperanza no se

puede vivir, pero sí elimina y nos vacuna contra los dogmatismos que son la base del fanatismo y la violencia. De esta manera evitamos la guerra entre religiones y políticas, las guerras ideológicas, encubrimientos de guerras por el poder material, por su puesto, y pasamos al diálogo y a la esperanza en una sociedad cosmopolita en la que nada de lo humano nos sea ajeno.

1. UN DEBATE DE SIGLOS: CIENCIA VERSUS RELIGIÓN

He leído entusiasmado un artículo en la Tribuna de La Gaceta Independiente del Doctor en Física Manuel Montanero. Me ha parecido un buen artículo, bien informado y sincero. Creo que se defiende una postura de fondo sin mencionarla con la intención de ser objetivos. Yo creo que se puede ser objetivo partiendo de la posición propia, la cuestión de la objetividad está en los argumentos. Lo que se pregunta el autor es si la ciencia moderna niega la existencia de dios. Su conclusión basada en los diez mayores físicos de la historia –hay que tener en cuenta que aquí hay una limitación, porque el autor nos avisa de que sólo tendrá en cuenta a la física, y ésta no es toda la ciencia, si la ciencia reina- es negativa. Pueden convivir la creencia y la ciencia puesto que así ocurre en la casi totalidad de los mayores físicos de la historia. La pega que le pongo yo a esto es que la creencia de estos físicos elegidos meritoriamente es muy subjetiva, cuando no ambigua. Van desde el panteísta, como Einstein, al deísta como Newton, pasando por posturas más extrañas como la de la complementariedad de los físicos cuánticos. Pero no voy a analizar esto porque, ya digo, no es mi intención hacer una crítica al artículo, sino mostrar mi posición al respecto y que sirva esto como inicio o introducción a un librito que

el artículo del señor Montanero me ha inspirado a escribir y que llevaría como título: *La religión, la creencia y dios en el mundo posmoderno*. Así que desde aquí le doy las gracias por esta inspiración y espero cumplir mi pequeño proyecto. Será un escrito ensayístico y mundano que huirá del academicismo, aunque no de la erudición y la formalidad argumental. En fin, un escrito para todo el mundo menos para los filósofos académicos.

Mi postura es el ateísmo, ahora bien, eso no implica que haya una renuncia a la espiritualidad y, como se verá, hacia el panteísmo: *deus sive natura, natura, sive deus* (dios o naturaleza, naturaleza o dios, que decía el gran filósofo Spinoza) pero es que además intentaré mostrar que este panteísmo tiene un fundamento científico; es decir, que una imagen panteísta del universo no contradice a la ciencia actual y en su dimensión biológica y ecológica puede ser la vía para una nueva forma de vida del hombre en la tierra basada en nuevos valores.

Quiero arrancar en este escrito del problema, ya viejo y gastado, pero nunca caduco, de la relación entre la ciencia y la religión en honor a Manuel Montanero que es el que me ha inspirado este escrito. Desde los primeros cristianos, que se toparon al predicar en Grecia el evangelio (San Pablo en primer lugar) con los filósofos y su saber racional, se planteó el problema de la relación entre la razón y la fe. Es decir el problema entre la verdad rebelada y la verdad racional. Muchas fueron las posturas, desde la negación de la verdad racional, *creo porque es absurdo* de San Agustín, a la negación de la verdad de la Biblia o el Corán, porque también en el Islam se planteó el problema. La solución cristiana aún vigente es la de la subordinación. La verdad de la razón, en este caso ya hoy en día la ciencia, está subordinada a la verdad de la

religión. Los dos últimos libros del Papa actual así lo confirman, a pesar de decir que echará mano de los estudios histórico críticos de la escritura, pero seguidamente advierte que la verdad de los evangelios es verdad revelada e histórica de dios, lo cual es una contradicción, o, más bien, es la aceptación de la subordinación de la ciencia a la religión. Por otro lado tenemos la postura oficial de la Iglesia en la encíclica de Juan Pablo II *Fe y razón*. Del mismo modo la solución es la de la subordinación. Me gustaría en esta introducción analizar una serie de posturas que se han dado en la historia y que abren el camino a la investigación libre de la ciencia y se basan en la actitud de la tolerancia. Pero, a su vez, esas posturas nos llevarán, a mi modo de ver, a la negación de la religión como verdad, puesto que el ámbito de la religión no es el de la verdad y a la negación de dios, porque éste es un concepto construido culturalmente como todos los conceptos. Ahora bien, ello no implica la eliminación de la creencia. El hombre es un ser de creencias. Incluso, en última instancia creemos y confiamos, quizás dogmáticamente, en que la razón es el instrumento para alcanzar la verdad o, al menos, huir del error. La razón es mucho más limitada de lo que podemos pensar, está unida a las emociones y es, en última instancia, un instrumento evolutivo, es decir, de origen filogenético que pervive porque nos permitió sobrevivir. La razón no surge para resolver ecuaciones no lineales, ni enfrentarse al cálculo tensorial de la teoría de la relatividad de Einstein, ni a la ecuación de onda de Schrödinger, ni para componer la quinta sinfonía de Beethoven. Todo esto es un escremento de la razón o de las facultades del conocimiento en general. La ciencia, como la religión, la ética, la filosofía, son productos de la cultura, cultura que nos permite sobrevivir y nos transforma. Pero, en última instancia, constituye nuestro instrumento de subsistencia. De ahí

que dios sea un concepto inventado. Y, además, de ahí que existan miles de conceptos e ideas de dios, tantas como hombres y religiones. Insisto, dios no existe, es un objeto del pensamiento y de la cultura, su existencia sería en el mundo tres de Popper, en el de los objetos de la inteligencia, pero no una existencia material. El hombre crea a dios a su imagen y semejanza, de ahí que haya cambiad su faz durante siglos, dependiendo de las necesidades del hombre.

Pues bien, decía que hay una serie de posturas que me han interesado mucho y que se pueden actualizar. La primera de ellas es la teoría de la doble verdad del gran filósofo cordobés y musulmán Averroes. Éste fue el primer filósofo de esta religión que se atrevió a separar la ciencia de la religión distinguiendo entre diferentes ámbitos de verdades. Pensaba que la verdad es una, Alá, pero el hombre, como ser limitado tiene un doble acceso a esa verdad, la fe del hombre simple, el que no tiene al alcance la ciencia y los productos de la razón y la del filósofo o científico que se vale de su razón para entender el universo. De esta manera Averroes se ahorra un grave problema que es el de la coincidencia. Hay dos verdades que, a veces, por la limitación del propio hombre, pueden estar en contradicción, pero, por otro lado, al existir ese doble orden de verdad, Averroes abre las puertas a la investigación filosófico-científica. Esta tesis es importantísima, tan importante fue, que cuando llega la cultura griega a través de los árabes de Al-ándalus a Europa, que vivía sumida en la ignorancia y la superstición, mientras que en el califato de Córdoba se vivía una primera Ilustración europea en todos los sentidos, científicos, artísticos, religiosos, éticos, filosóficos, jurídicos...es precisamente aquí donde se inicia el renacimiento. Son los árabes españoles los que traducen del griego al latín toda la sabiduría perdida y así pasa a Europa. Hay que tener en cuenta

que en Europa el griego era desconocido por completo y todo el saber estaba en este idioma. Pues bien, cuando llega la tesis averroísta a París, la tesis de la doble verdad, toda la intención de los teólogos cristianos es refutarla y prohibirla como herejía pues, y no sin razón, ponía en peligro la religión y su verdad. Y de estas reflexiones teológicas salió la doctrina oficial de la iglesia católica que es la de la subordinación aún hoy vigente, aunque enmascarada. En realidad, lo que sucede hoy en día es que se ha firmado un pacto de no agresión, en lo que se refiere a las teorías de las ciencias naturales. Las teorías mayores de estas ciencias son reinterpretadas por la religión y adaptadas a su verdad revelada. El big bang, la evolución...pero esto no es más que enmascarar la ciencia y no atreverse a sacar las consecuencias de la misma ciencia que nos llevan directamente a la inexistencia de dios, insisto, no a la falta de creencia. Y esto es así porque la creencia está instalada en otras redes neuronales que no son las de la ciencia. De ahí que convivan en un mismo hombre ciencia y creencia. Pero si tomamos objetivamente la ciencia y la creencia en un dios supremo, mucho más, en los cuentos que se nos dicen sobre él, en cualquier religión, pues resulta que la religión queda explicada. Es más la religión, la creencia son objetos del saber científico, independientemente de que en un mismo sujeto puedan coexistir. Antonio Damasio, prestigioso neurofisiólogo estudia este fenómeno en su obra. Y nos señala que es necesario hacer una *epistemología evolutiva del conocimiento*. Esto es importante porque así sabríamos de dónde proceden esas ideas como productos adaptativos y evolutivos del Homo sapiens. Así como también se nos aclararía el hecho de que seamos animales de creencia. La confianza es la base de la convivencia, si no tenemos confianza no podemos sobrevivir como animales sociales. Esa confianza se puede elevar

a fe en un ser superior, que en un principio simplemente eran los espíritus de los objetos, es lo que se llama el pensamiento mágico. La evolución del pensamiento mágico nos llevó a la abstracción de los dioses y éste al concepto teológico-filosófico de dios único. Un objeto, por cierto, en el que no se puede creer, es un producto o constructo racional. Para creer necesitamos de lo concreto. De ahí que las religiones monoteístas necesiten de sus intermediarios con dios, que es lo inefable y lo incognoscible.

Una segunda postura muy interesante es la de Occam. Un fraile inglés que criticó a la filosofía escolástica, base de la filosofía cristiana, desde sus cimientos. Es uno de los iniciadores de la ciencia moderna así como uno de los que abre las puertas a la libertad del pensamiento. Occam era empirista, es decir, que decía que todo nuestro conocimiento procedía de la experiencia. Y la experiencia la reducía a la sensación. Por tanto sólo puede haber conocimiento de lo que tenemos sensación. De esto se desprende algo importantísimo, hasta ahora había dos esferas del conocimiento, la de la razón y la de la fe. Lo que hace Occam es eliminar una esfera, dicho de otra forma, Occam disuelve el problema de la relación entre fe y razón. La razón, que se apoya en la experiencia, es la única que nos puede proporcionar conocimiento, la fe nada tiene que ver con la experiencia, por ende está fuera del ámbito del conocimiento. Se puede tener fe, toda la que se quiera, pero ello no afecta para nada al ámbito del conocimiento. Es ésta para mí una postura importante. La ciencia no puede hablar de dios porque no es, como diría Kant, fundador del agnosticismo (imposible la demostración de la existencia o inexistencia de dios) y creyente, un objeto, sino una idea. Es decir algo que no procede de las sensaciones. El ámbito de la fe, si bien posible, queda fuera

del ámbito del conocimiento. Por eso ya no puede haber contradicción. Ni la ciencia tiene porqué negar la existencia de dios. Lo que ocurre es que dios ya no es un objeto. La ciencia sólo puede estudiar lo particular y de ahí formular leyes universales. Pero dios es una idea y las ideas no son particulares. Esa idea actúa en los creyentes, e, incluso, en los ateos, pero su existencia es ideal, no real material. Insisto es un “objeto” del mundo *tres popperiano*, su origen es evolutivo, tiene su filogénesis que justifica su misión adaptativa y tiene su historia cultural en las miles de religiones que han sido. La pregunta sobre si la ciencia niega a dios o la ciencia demuestra la existencia de dios es en este sentido absurda; a no ser que tomemos a dios en el sentido en el que hablaba antes, un objeto de la evolución y de la cultura, en ambos casos sí es objeto de la ciencia y ella nos explica su función para el hombre. Dios como ser supremo, creador, omnipresente y omnipotente es una idea teológica-filosófica, una quimera. Es muy importante también la idea de Occam porque al decir que sólo hay un ámbito del conocimiento, entonces abre la libertad de investigación científica; es decir, a la modernidad y el surgimiento de la ciencia moderna.

Pasamos ahora a la tercera postura, la de Galileo. El gran físico y astrónomo fue acusado por la iglesia de herejía, por mantener la teoría heliocéntrica. Fue acusado y juzgado. Al final como sabemos Galileo abjura de sus ideas y es arrestado de por vida en su casa. Se libra así de la tortura y de la muerte. Pero ello le permite seguir trabajando en física a escondidas, es decir, se le prohibió la enseñanza de la astronomía y la divulgación de la teoría heliocéntrica, pero los escritos de física que daba a escondidas a sus alumnos eran una prueba teórica del heliocentrismo, una crítica a los argumentos físico-astronómicos de los

geocentristas aristotélico-ptolemaicos. Pues en su juicio pronuncia una frase importantísima, heredera de la teoría averroísta de la doble verdad. Es la teoría del doble lenguaje; frase que es la siguiente *La Biblia nos dice como ir al cielo, la astronomía nos dice como los cielos van*. Es decir que Galileo separa los dos ámbitos el de la fe y el de la ciencia y legitima así este último. La ciencia habla el lenguaje de la naturaleza, que es el lenguaje de las matemáticas, son éstas las que nos descubren los misterios del universo. La Biblia habla un lenguaje sencillo, para todos los hombres. Un lenguaje que entiendan para poder salvarse. La Biblia no habla del cosmos, sino de mi salvación. Pero claro, esto fue empeorar las cosas, porque es una segunda herejía puesto que está en contra de la doctrina oficial y ortodoxa de la subordinación.

Pues bien en estas teorías y en el comentario que les he hecho me baso para separar la ciencia de la religión, por un lado. Son ámbitos distintos que funcionan en lugares distintos del cerebro. Esto por un lado, por otro, la religión es un objeto de estudio de las ciencias. Concretamente, de la historia, la psicología y, por supuesto de la filosofía. En cuanto a las ciencias naturales, pues no se ocupan ni de la religión ni de Dios. La ciencia no niega a dios, la física en concreto, porque no se ocupa de él. Si bien es cierto que algunos grandes físicos, como Laplace, basándose en el determinismo absoluto de la física clásica, elimina a dios, en su famosa frase a Napoleón cuando éste le pregunta que no ha visto a dios en su libro, le responde, yo ya no necesito de esta hipótesis. En realidad, dios, desde el nacimiento de la ciencia moderna había sido utilizado como el dios tapaagujeros. A esto lo podemos llamar más técnicamente el deísmo. Es decir, lo que no se entendía se explicaba a partir de dios. El caso de Newton, ferviente creyente, es el más sonado y lo tenemos en su escolio general a la probablemente

mayor obra de física escrita *Los Principia (Principios matemáticos de la filosofía natural)* pues bien, aquí se nos dice que como el sistema solar tendería a hundirse sobre sí mismo, pues dios le da un empujoncito cada diez mil años. Laplace conoce ya la existencia de dos planetas más, y posee cálculos más finos así que el sistema solar no se le cae y no necesita de esa hipótesis. Otro físico combativo y contemporáneo es Hawking que piensa en un universo eterno, quizás en un multiuniverso en el que la existencia de dios, entendiendo a éste como creador es innecesario. Si el universo es eterno no necesitamos del creador, no hay tapaagujeros que valga. Insisto, dios no está para estas cosas. Lo importante de dios está en las religiones y es la ética que destilan. Y sería interesante un diálogo entre religiones para llegar a ciertos acuerdos éticos universales independientemente de su dios. Éste, más que nada es un estorbo que genera dogmatismo y fanatismo. En cambio, desde la biología si que se ha combatido la idea de dios, concretamente desde la teoría de la evolución. El ateísmo es una de las consecuencias de *la peligrosa idea de Darwin*. Pero esto lo veremos en su momento.

2. ALGUNOS TEMAS PRELIMINARES Y DE IMPORTANCIA

2.1. Benedicto XVI: posmodernidad e Ilustración

Independientemente de la renuncia al papado del Cardenal Ratzinger, sus motivos y causas, que pueden ser oscuras o, quizás, no tanto, pero en lo que no voy a entrar por desinterés y desconocimiento, lo que si sospecho para mí es que la corrupción “política maquiavélica” del Vaticano supera las capacidades de un intelectual que ha consa-

grado su vida al estudio de la teología y a la defensa de la ortodoxia cristiana con un brazo, para mi gusto, y además tremendamente equivocado, demasiado rígido que ha hecho perder la oportunidad de una iglesia social y no dogmática. Pero, en fin, esto son cosas de palacio, intrigas y luchas de poder. Algo que se me escapa y que quizás se le ha escapado de las manos al intelectual alemán y de ahí su renuncia.

Pero lo que a mí me interesa es una obsesión de Ratzinger con la que coincido en parte. Su tesis viene a ser, de forma simple, que el mal de la sociedad actual, su crisis de valores, su crisis profunda, de carácter filosófico-religioso y teológico es el posmodernismo. Y, más en concreto, una doctrina que emana de la filosofía posmoderna, el relativismo. La noción de que todo vale, de que no hay verdad, ni bien, ni belleza, ni justicia implica la disolución de la sociedad. La aniquilación de los valores y del sentido de la existencia. Si todo está justificado por la subjetividad caemos en un egoísmo hedonista que, en última instancia nos lleva al nihilismo, al vacío de nuestra conciencia, al sinsentido. Los hombres han perdido el norte y pululan por el mundo como zombis, muertos vivientes. Buscando un asidero, hambrientos de sentido, buscando su supervivencia, anárquicos y egoístas. Un panorama dantesco e infernal, como la antesala del infierno. Y esos hombres están sedientos de sentido porque se les ha vaciado de los grandes discurso, de los grandes relatos ético-filosóficos y ético-religiosos que daban orden y sentido a su existencia. Pero la sociedad actual, con el poder omnímodo del capital, se ha encargado de disolver las conciencias, ni siquiera de alienar, sino de vaciar. El individuo ya no es capaz ni de pensar ni de sentir. Ha perdido los valores de la libertad, que se ha confundido con una muy limitada libertad económica, comprar; y la fraternidad. El yo se ha encerrado en sí mismo sin capacidad de salir y

comprender al otro, sin verse en él como otro yo. Nos hemos convertido en islas hedonistas y egocéntricas que buscan autosatisfacción en la rueda infinita del deseo que el capital pone en nuestras manos para mantenerse. Pero este individuo, súbdito porque ha perdido la libertad y, por tanto, la ciudadanía, busca un sentido. Un sentido en las religiones de rebaja que les vende el sistema, en los libros de autoayuda, un refrito de distintas sabidurías que al cocinarlo pierde todo rastro de sabiduría. Porque el hombre busca trascendencia.

Pues bien, en todo este análisis coincido con el Cardenal, pero no con lo que él considera la causa y la solución. La causa la ve en la Modernidad, la Ilustración. Y considera que la Modernidad, con su ensalzamiento de la razón y su crítica a la religión que acaba con la muerte de dios trae precisamente este sinsentido del que hemos hablado. Para mí esto es un error. La Ilustración trajo, como su propio nombre indica, luz. Y esa luz era la luz de la razón que rivaliza con la oscuridad de la superstición que era la de la religión, poder en el que se asentaba el antiguo régimen. Es decir, que la Ilustración, la Modernidad, lo que trajo es la libertad, y con ella la igualdad y la fraternidad. Curiosamente conceptos, que, desde un punto de vista religioso mítico, estaban contenidos en el cristianismo, pero que éste había practicado más bien poco; así como el señor Ratzinger tampoco lo hace al condenar a la teología de la liberación. Es bien cierto, y está probado y, por ello es indiscutible, que la razón ilustrada se endiosó, se convirtió, paradójicamente, en una religión, se hizo absoluta. Y de ahí surgieron los totalitarismos del siglo XX, pero no de la negación de la religión o del sometimiento de ésta a sus propios límites. Aquí lo que se produjo es una perversión de la razón ilustrada. Y el neoliberalismo que vivimos es la última forma de perversión de la razón ilustrada que viene de la

mano del endiosamiento racional de una nueva ciencia, la economía. Pero insisto, es ésta la causa, el endiosamiento por perversión de la razón ilustrada, no la eliminación de la religión o su relego a su lugar particular, no universal y con poder absoluto.

Por eso el cesante Papa, considera que para recuperar el camino es necesario recuperar los valores de la religión cristiana, apostólica, católica y romana. Aquí está el otro error. Para empezar que esto es irrecuperable, cuando se produce un progreso ético en la humanidad, ya no hay retroceso, me explico. Puede haber un retroceso de hecho, pero el descubrimiento ya está hecho, por ello está en la conciencia de los individuos. Podemos volver a caer en la esclavitud, pero el concepto de libertad ya ha sido conquistado y el hombre luchará por él. De modo que, el laicismo que se conquista con la Ilustración y que va indisolublemente ligado a la democracia y sus valores, entre los que se encuentra la aconfesionalidad del estado y el relego de la religión al ámbito de lo privado es ya irrenunciable. Es una conquista ética de la humanidad que tiende hacia lo universal. De modo que el intento de recuperar el discurso religioso como un discurso universal no es más que caer en el mismo error histórico preilustrado. Ello no quiere decir que, a nivel particular, para el creyente, su discurso religioso tenga un valor universal. Pero eso es otra cosa.

Lo que yo propongo, por el contrario, es precisamente la recuperación del proyecto inacabado de la Ilustración que se inscribe dentro del gran proyecto ético de la humanidad. El posmodernismo, junto con otras teorías como la del fin de la historia y la muerte de las ideologías, no es más que la ideología que el poder ha utilizado para domesticar y vaciar las conciencias de los ciudadanos para convertirlos en súbditos

fieles y serviles. Lo que hay que recuperar son los valores universales humanos de la Ilustración y un concepto limitado de razón aprender del error de que la razón no puede ser omnipotente ni omniabarcadora, ni en el ámbito de las ciencias naturales y, menos aún, en el ámbito de las ciencias sociales y humanas. Si así lo consideramos caemos en las distopías que han sembrado en nombre de la razón y el progreso la historia de millones de cadáveres, como ahora hace el capitalismo sin bridas, el capitalismo salvaje. La recuperación de una razón limitada que nos recuerde nuestra condición de seres limitados, de seres sin una importancia especial, productos azarosos de la evolución. Pero de seres que se alzan sobre su propia condición biológica para darse un sentido. Porque nuestro cerebro está constituido de tal forma que quiere trascenderse y, además, éste es un mecanismo de adaptación que funcionó, fue exitoso. Por ello el hombre tiende a la creencia. Y, de tal forma debemos recuperar esos valores que pertenecen al proyecto ilustrado y que, como salta a la vista, no han sido realizados, es un proyecto inacabado y sumarnos a su conquista. Y es en esto en lo único que consiste el progreso de la humanidad. Es un progreso provisional, no exento de saltos y retrocesos. Y no se trata en este progreso de anular la religión, como anunciaron dogmáticamente los que defendían la muerte de la religión, sino de asumirla dentro del discurso, como forma particular, pero con un mensaje ético, pero de todas las religiones, cuidado, que tiende a lo universal. Y, para recuperar este proyecto el enemigo es común. Es el capitalismo salvaje que ha anulado las conciencias de los individuos convirtiéndolos en vasallos. De lo que se trata es de salvar esta situación de que el hombre, desde la ética y la razón política y el derecho, recupere las riendas y domesticemos este capitalismo desembridado.

Religión, mal y milagros.

Fuera de la iglesia no hay salvación. Doctrina oficial de la iglesia.

Fuera de los pobres no hay salvación. Jon Sobrino, jesuita y teólogo de la liberación.

Uno. La religión no es una neurosis colectiva, que diría Freud, sino un delirio colectivo, necesario, pero delirio.

Dos. Los milagros son un símbolo y hay que hacer una lectura gnóstica de los evangelios, así como de la persona de Jesús. Por eso los milagros no son sucesos sino formas de hablar al pueblo llano.

Tres. El paralelismo entre humanitarismo y milagro es forzado. Cuántos ciegos, cojos, contrahechos, etc había, cuántos sufrían depresión y angustia, cuántos esquizofrenia. Sin embargo sólo unos pocos, sin motivo alguno son "salvados" de su mal. Además es una contradicción, porque según la teología cristiana no hay mal en el mundo puesto que dios es infinitamente bueno. El problema del mal en la teología, que es de lo que se encarga la teodicea, es el cáncer de la teología. Lo resuelven -los cristianos- desde la filosofía platónica. Para Platón el mundo verdadero es el de las ideas y todas ellas participan de la idea de Bien. El mundo sensible es imperfecto, contingente, temporal, cambiante...pero todo esto que podemos considerar un mal es sólo mal relativo, es decir, que el mundo sensible existe en tanto que participa del mundo de las ideas y, por tanto, del Bien. Por ello en Platón no puede haber mal, sino más o menos participación del bien, o privación de un bien. Y ésta es la solución de la teología cristiana. El mal no puede ser real u objetivo porque entonces dios no es el supremo bien, por tanto el mal es privación de un bien, como por ejemplo, la ceguera, privación del don divino de la vista. Además

de que no existe el mal real, el bien es fruto de la voluntad de dios, si uno tiene buena vista es por la voluntad de dios, si no, es porque dios no lo ha querido y los designios de dios son inescrutables. El mal moral es también privación, si hacemos el mal es porque no hacemos el bien, sólo existe el bien que es la voluntad de dios que se expresa en sus mandamientos. El mal ha producido oleadas de ateos y, también, sumisión ante la voluntad incognoscible del creador.

Cuatro. El cristianismo es un sincretismo helenista que, por diversas causas, triunfó sobre otros sincretismos y, una vez que se hizo con el poder exterminó, literalmente, a las religiones llamadas paganas, de las que nunca se pudo deshacer y perviven en nuestro santoral aún, y las filosofías y ciencias griegas (Atenas y Alejandría.) El primer cisma que se produce en el cristianismo fue con la lucha entre Pedro y Pablo (verdadero fundador del cristianismo) Pedro era partidario de revelar el mensaje a los judíos, al pueblo elegido. Pablo de Tarso, helenista y contagiado del concepto estoico de humanidad y razón universal (cosmopolitismo) pensó que el mensaje del nazareno iba dirigido a todos los hombres, es decir, a Roma, que era la totalidad del mundo. Triunfó Pablo, por eso hay cristianismo. Y si Constantino no hubiese abandonado el arrianismo (el hijo de Dios no es de la misma naturaleza del padre) seríamos todos arrianos. Las herejías se constituían en tanto que tales a toro pasado; es decir, si no triunfaban, generalmente por la fuerza, entonces la doctrina o interpretación defendida era herética.

Cinco. Me quedo con el mensaje ético: el sermón de la montaña y la parábola del buen samaritano que constituyeron un grano de arena en el progreso ético de la humanidad. Si tanto los ateos, como las demás

religiones y el catolicismo partiesen de aquí habría un auténtico diálogo entre religiones y sería un bien para la humanidad. Pero las religiones del libro tienen en sí el germen del fanatismo, inevitable, por otra parte, al considerarse la verdad absoluta. Otro tanto ocurre con los ateos procedentes del científicismo.

3. ÉTICA EVANGÉLICA E IGLESIA

Los evangelios no tienen nada que ver con la iglesia. Y hablo de los evangelios en su sentido ético. Y la ética de la justicia social no es la única que hay en ellos, está también la escatológica mesiánica en el sentido judío. Porque Jesús era judío. El teólogo Dietrich Bonhoeffer, mártir antinazi, dijo, "Jesús anunció el reino de los cielos, y vino la iglesia." Por otro lado, he utilizado, el lado ético de los evangelios, el de la justicia social, el de la fraternidad cristiana, como lo usó fray Bartolomé de las Casas para evitar la matanza y genocidio de indios, bendecida por el catolicismo y el protestantismo, una ética universalizable como la de los evangelios y una ética universalizable, como la de los derechos humanos. Y, de esta manera, hacerlas coincidir en armonía, que es de lo que se trata. Y si hay un diálogo entre religiones y un diálogo entre creyentes y no creyentes debe ir en esta línea no en una postura de guerra, enfrentamiento y susceptibilidades. Y ello requiere, lo siento, el reconocimiento de la historia criminal de la iglesia, por un lado, y, por otro, cosa que es preciso señalar, el carácter no histórico de las escrituras, incluidos los evangelios. Sólo hace falta una lectura comparativa para darse cuenta de la inmensidad de contradicciones que existen entre ellos. Pero hay cosas muy importantes en las que coinciden y es en su mensaje ético. Hay una fuente de estudio entre los

especialistas que se llaman las fuentes Q. Aquí se recogen las supuestas enseñanzas de Jesús, sus dichos morales, sus parábolas, etc. No hay mesianismo, ni pasión ni resurrección. Lo que es su predicación. Y lo bueno de estas fuentes y su valor histórico es que sí coinciden en su mayor parte con la enseñanza ética de los evangelios.

En fin, el diálogo tiene que partir del reconocimiento de la historicidad de la iglesia. Las discusiones y el debate teológico de fray Bartolomé de las Casas, así como su trabajo en las propias américas, salvaron millones de vidas, curiosamente no es santo, le faltaría haber hecho un milagro, como si fuese poco lo que hizo, que además, curiosamente, su discurso teológico, fue la base de la proclamación de los derechos del hombre y el ciudadano, pero en su versión laica. Uno tiene derecho de pertenecer a la comunidad religiosa que le parezca, para eso evolutivamente somos seres religiosos y ha sido una adaptación exitosa. Pero dos cosas son importantes si no se quiere caer en el fanatismo. Uno, en ninguna religión reside la verdad, son todas percepciones particulares, y dos, la iglesia es una institución histórica, una institución estrictamente política. Es una ciudad terrenal, que diría Agustín de Hipona, no la ciudad de dios en la tierra. Aprovechemos lo mejor que ha dado la iglesia y dejemos a un lado su tremenda historia criminal que, por cierto, en España la tenemos muy cercana, fue connivente y consintió el genocidio de Franco. Igual que también de la misma iglesia surgieron los movimientos antifranquistas que se unieron a los pobres, a los obreros y a los disidentes. El lugar donde realmente debe estar la iglesia y que, en muchas ocasiones, está. Pero, curiosamente, en muchas ocasiones también, la iglesia como institución de poder y de control, llama al orden a esos que se fijan demasiado en la justicia social, a ver si van a abandonar la dogmática en su desmesura-

da ayuda a los pobres. Me sumo al jesuita y teólogo de la liberación, Jon Sobrino, que dice, contra lo que proclama la iglesia, “fuera de los pobres no hay salvación”. La iglesia dice, “fuera de la iglesia no hay salvación”. El libro de Jon Sobrino “Fuera de los pobres no hay salvación” ha sido uno de los libros que he leído con mayor placer y sabiendo que la fuerza que tiene detrás su mensaje ético es la fe, la esperanza y la caridad cristiana. Un buen ateo tiene la religión como inspiración. Porque, una cosa más, no olvido la espiritualidad, por muy ateo que sea. Y ésta se encuentra en la ética, vamos, la caridad en términos religiosos. En la vocación, ya sea religiosa, artística o científico-filosófica, en la contemplación, en la búsqueda de lo universal, en la unidad que elimina las diferencias de lo concreto. En la tolerancia frente al fanatismo, en el sano escepticismo que te lleva a la duda de tu propia duda y de ahí a sumergirte en la nada de la unidad donde no hay ni dualidad, ni diferencias...en fin, en la sustancia eterna o divina de Spinoza, *deus sive natura, natura sive deus*. Dios o naturaleza, naturaleza o dios. El conocimiento del universo es la propia autoconciencia del universo, porque es una parte del universo, el hombre, la que se está conociendo. De ahí la espiritualidad del conocimiento que abre las puertas a la mística y a la humildad de nuestra insignificancia y contingencia. En fin, que estas ideas y el budismo al que en mi juventud me acerqué y me sacó del dogma me permiten mirar a la religiones del libro, y al catolicismo en particular, sin rencor, porque *nada de lo humano me es ajeno*, pero con objetividad.

4. ¿ES MÁS FÁCIL SER CREYENTE O NO CREYENTE?

La creencia es una actitud natural. El hombre, por su propia construcción biológica tiende a la creencia. Es más, la construcción de mitos, magia, religiones, son, en definitiva, los que le han permitido sobrevivir. Primero la magia, luego los mitos y más tarde las religiones, que lo engloban todo, han sido las que han hecho posible la supervivencia del hombre.

El ser humano se encuentra a la intemperie, sin resguardo de nada, a merced de las fuerzas de la naturaleza. Pero con una mente que no está cerrada. Sus respuestas ante el medio no están cerradas, es más, está abierta al tiempo, es decir, a la angustia. El hombre se caracteriza porque se cuestiona su existencia y el porqué de todo lo que hay, el sentido del mundo y de la vida. La magia, el mito y la religión dan respuesta a ello. Una respuesta, que no sólo explica el porqué de las cosas, sino que nos ofrece un sentido de cómo debemos hacer las cosas. Porque el mito y la religión no sólo son formas de explicar el mundo, sino de darle sentido y parte de ese sentido está en cómo debemos relacionarnos con él y con nosotros. El mito y la religión crean las condiciones para que nos podamos relacionar con la naturaleza y con nosotros. A su vez, crean las condiciones de pertenencia. El hombre es un animal social y la magia y el mito, centro o núcleo de la religión, ofrecen una forma de socialización o, dicho de otra forma, de pertenencia. La religión crea una identidad. No sólo encontramos el sentido de nuestra existencia, sino una identidad a través de los ritos que son sociales y que nos hacen sentirnos partícipes de una sociedad. La religión es pues una forma de socialización indispensable y que ha demostrado su valor como mecanismo adaptativo en la medida en la que hoy en

día la especie humana sigue existiendo y sigue utilizando el mecanismo de la creencia como un mecanismo fundamental para guiarse en la vida, mucho más que la razón. Fue Aristóteles el que nos definió como animales racionales, pero somos más animales de creencias, entre otras cosas, que racionales. Aristóteles lo que quería señalar es la capacidad racional como capacidad humana para el conocimiento científico. A diferencia de la carencia que de ella tenían los animales. Pero se ha confundido históricamente esto con una definición esencial del hombre, ya digo somos y actuamos cotidianamente más por creencias que de forma racional. Y, por otro lado, también hay un problema con la interpretación de la razón. Desde el Renacimiento, y con el surgimiento de la ciencia moderna, habrá una identificación entre razón y razón matemática y lógica, separada absolutamente de lo emocional. Y, por otro lado, habrá también una identificación entre inteligencia y capacidad lógico matemática. Todo esto no está en los orígenes aristotélicos. La razón en Aristóteles va unida a las emociones y los sentimientos sin los cuales está vacía. La propia actividad del conocimiento está dirigida por la admiración y la perplejidad, que son las que despiertan a la razón. Y, por otro lado, la vida superior es la de la prudencia que es un saber sobre los sentimientos. Toda esta modernidad de la inteligencia afectiva y emocional está ya en la "Ética a Nicómaco."

Y una vez hecha esta aclaración tendríamos que vérnosla con la respuesta a nuestra pregunta. Pero para ello tengo que hablar un poco del no creyente. Cuando me refiero a tal, me refiero al que de ninguna de las maneras cree en nada. Es decir, a aquel que niega el sentido, tanto trascendente, como inmanente de la naturaleza. Aquel que se queda del lado de la naturaleza contingente, aquel que acepta la intemperie, el sinsentido, la nada, como única realidad y lo efímero co-

mo su expresión. Aquel que vive, por tanto, aunque pueda tener muy altos ideales, en la provisionalidad. Y cuando digo no creyente, insisto, que también se refiere a lo inmanente, es decir, que no ha sustituido la creencia en lo trascendente dador de sentido, por lo inmanente, como la historia, la política, la ciencia; es decir, todo aquello que se basa en el mito de la idea de progreso. El ateo hasta sus últimas consecuencias. Aquel que ha sido capaz de trascender el lenguaje. Porque, como decía Nietzsche, no nos veremos libres de dios mientras que sigamos creyendo en la gramática. El sentido del mundo basado tanto en lo trascendente, como en lo inmanente, está en nuestro lenguaje porque éste ha crecido con y desde el mito. Si no trascendemos nuestro propio lenguaje caeremos en las trampas del sentido. Pero el no creyente, el ateo de verdad es aquel que niega la existencia absoluta del sentido, venga de donde venga, insisto, aunque pueda abrazar la provisionalidad. El no creyente es el que describe Camus en el mito de Sísifo. Así empieza su libro, "La única cuestión filosófica de relevancia es el suicidio" Es decir, el cada día y cada momento encontrarle un sentido provisional, una creencia provisional a la existencia, o, sino, simplemente, suicidarse, porque, realmente, nada tiene sentido, ni el acto del suicidio. Sólo quedará un breve comentario y tu nombre en una lápida o urna que pronto el tiempo (el que elimina el sentido) borrará para toda la eternidad del universo.

Otra cosa es el indiferente. Este es un creyente encubierto. Alguien que puede haber dejado de creer en la religión, pero esta creencia la ha sustituido por otras múltiples y, probablemente, espiritualmente, ha perdido mucho con el cambio. Desde luego que para éste la vida es más sencilla que para el creyente. Sobre todo en los tiempos que corren y en nuestro entorno en el que la religión no está de modo o, peor, está

mal vista y es objeto de burla. Malos tiempos son estos cuando toda una tradición ética es echada por la borda y sustituida por sucedáneos de autoayuda y demás zarandajas. El creyente se tiene que enfrentar a esta situación, lamentablemente desagradable y que de partida lo da como perdedor, pero, aún más. El creyente, a pesar de tener la respuesta religiosa al sentido de su existencia, y el sentido de la historia de la humanidad, como la historia de la salvación del hombre y demás, pues todo ello no implica que su fe no se tambalee y que en muchas ocasiones dude. Ha de aferrarse a la fe para no hundirse, pero, a veces, ésta falla. Sobre todo si nos planteamos el problema del mal y del mal radical, ¿Dónde está dios cuando muere un inocente? ¿Dónde está dios cuando el hombre se extermina a sí mismo? Es lógico que estas preguntas le llevan a la duda, que han dado lugar a muchos ateos pero la religión, o las religiones, tienen respuestas adecuadas para ello. Por eso el índice de depresiones exógenas es menor en el creyente que en el no creyente, porque tiene un asidero. La creencia es un antídoto contra el dolor y el sufrimiento, una forma de supervivencia altamente exitosa, lo ha sido para la especie y lo es para el individuo. El no creyente, en tanto que ateo radical, no tiene ningún asidero, su sufrimiento puede ser infinito, pero sabe que siempre tiene abierta esa ancha puerta que es la del suicidio. Por otro lado, el saber o aceptar, porque no se puede saber nada con certeza, eso sería una contradicción del ateo, que es un escéptico, que nada tiene sentido quizás es también una forma de serenidad y, sobre todo, si uno tiene proyectos provisionales que llenan el absurdo y el sinsentido de la existencia. Porque es verdaderamente donde reside el sentido, en las pequeñas cosas, pero que, en el fondo son efímeras, pero su sentido se da en su misma existencia, no trasciende el tiempo. Lo que sí es bien cierto es que los ateos de los que

hemos hablado son muy pocos y ello es, en última instancia, porque no es una opción adaptativa triunfante. Provoca sufrimiento, depresión, angustia y, al final, muerte. Salvando las distancias, eso sí, de aquel que encuentra el sentido provisional de la provisionalidad de pequeños proyectos biográficos, pero siempre el abismo estará al acecho.